

Observaciones preliminares para anotar el *Epítome a la historia de fray Tomás de Villanueva* de Quevedo

Carmen Peraita Huerta
Villanova University, Pennsylvania

El *Epítome a la historia de la vida ejemplar y gloriosa muerte del bienaventurado fray Tomás de Villanueva* —uno de los primeros textos quevedianos que pasa por la imprenta (Madrid, viuda de Cosme Delgado, 1620)— ha recibido escasa atención por parte de los estudiosos quevedianos, pero también de los agustinos, que no siempre lo incluyen en la bibliografía hagiográfica del santo¹.

El *Epítome* constituye una pieza indispensable en una cabal comprensión del corpus quevediano. En el texto se detectan prefiguraciones de métodos de razonamiento, de formas de expresión reelaborados por Quevedo más tarde en contextos distintos. La conexión del *Epítome* con escritos como *Mundo caduco y desvaríos de la edad* (escrito hacia 1620), *Grandes anales de quince días* (1621-1624), la *Política de Dios 1*, *Comentario a la carta del rey don Fernando el Católico* (fechado en 1621), o algo anteriores como *Doctrina estoica* o *Heráclito cristiano* (fechado en 1613) da mayor precisión a enfoques de la reflexión y escritura quevedianas en el activo periodo marcado por el final del reinado de Felipe III y la entronización de Felipe IV, y abre la posibilidad de una lectura no circunscrita al marco hagiográfico². Una

¹ En efecto, el *Epítome* es ignorado en prácticamente toda la bibliografía de Tomás de Villanueva escrita por eclesiásticos. Incluso en el siglo XVII, en la reedición de 1652 de la *Vida* escrita por Salón, el editor fray Buenaventura Fuster no cita el texto quevediano. Una interesante excepción es el agustino fray Jerónimo Cantón, cuya *Vida y milagros del b. p. y señor don Thomas de Villanueva, religioso de la orden de san Agustín, y arzobispo de Valencia, con algunos tratados concernientes a la misma Vida* (Barcelona, 1623) constituye una adaptación a quintillas del *Epítome*. De este texto me ocupé en otro trabajo. Es posible que la premura que se detecta en partes del *Epítome*, sobre todo al final, sea también otro factor del desinterés de los estudiosos. Jauralde la denomina obra «provisional y escueta» (1980, p. 76); habría que añadir que, en cierto modo, es una obra de circunstancia y que es también un texto significativo.

² A menos que indique lo contrario, cito siempre por la edición de A. Fernández-Guerra y Orbe. Modernizo la ortografía. Los subrayados son míos.

lectura intertextual del *Epítome* permite situar en un abanico de posibilidades interpretativas distintas de las estrictamente hagiográficas, aspectos como la utilización de términos y conceptos clave, el talante de las reacciones de ciertos personajes, la configuración de algunos episodios, de determinadas estructuras retóricas. Ciertos aspectos del *Epítome* se muestran «coherentemente quevedianos» leídos a la luz de circunstancias, acontecimientos que trascurren y ocupan a Quevedo cuando escribe el texto.

Para Quevedo, Tomás de Villanueva tiene una especial significación. Es el seudónimo que escoge en la prisión de San Marcos para firmar cartas a sus amigos³. Hay menciones a Villanueva en la obra quevediana (*Su espada por Santiago*), y en algún caso, se citan pasajes de sermones del arzobispo de Valencia que, por otra parte, tuvieron amplia circulación en la España de comienzos del XVII (*Memorial por el patronato de Santiago*). Pero también, el personaje de Villanueva puede leerse en el *Epítome* como una suerte de «contrafigura» de personajes históricos quevedianos menos bienaventurados, algunos de ellos delineados en textos coetáneos como la primera parte de la *Política de Dios* y los *Grandes anales*; así, prelados como el confesor real e inquisidor general, el dominico fray Luis de Aliaga; el presidente del consejo de Castilla y obispo de Burgos, don Fernando de Acevedo, o el propio cardenal duque de Lerma⁴; y también, gobernantes como el duque de Uceda o el llamado «favorito del favorito», don Rodrigo Calderón. En el *Epítome* Villanueva encarna un ideal, eclesiástico y pastoral a la vez que humanista y en cierto modo, neoestoico. Constituye una acabada personificación de sabiduría, de conocimiento del desengaño, idea — como sabemos— reiterada *ad nauseam* en la obra quevediana. Excepcionando las inalcanzables figuras de Cristo, personajes bíblicos como Job, apóstoles como san Pablo, pocos personajes quevedianos ejemplifican tan cabalmente como Tomás de Villanueva el verdadero conocimiento, la «administración de sí mismo» (de gobierno de la «república interior»), además de las virtudes cristianas de la humildad y obediencia⁵.

La tradición hagiográfica —representada por los textos del teólogo valenciano, el agustino fray Miguel Salón, cuyo primer escrito, *De los ejemplos*, Quevedo afirma seguir— destaca la preocupación de Villanueva por los pobres, su ascetismo, su excelencia en la predicación, su erudición en letras sagradas (aunque el *Epítome* pone poco énfasis en

³ Véase Jauralde, 1998, p. 810.

⁴ De quien escribe en el soneto «A la huerta del duque de Lerma» (núm. 225): «y conocí lucero / al que en sagradas púrpura ardía». La numeración corresponde a la edición de Blecuá.

⁵ Quevedo hace decir a Villanueva en un parlamento a Carlos V: «Y así, le suplico promueva a esta iglesia uno de muchos que en las religiones y universidades bastan a gobernarse a sí y a otros; que yo soy para mí tan grande república, que gasto la vida en pedir a nuestro Señor me enseñe, esfuerce y socorra para la administración que de mí mismo me encargó» (p. 62b).

la educación de Villanueva), su convicción de que los obispos debían residir obligatoriamente en su diócesis, elementos que lo convierten en un ideal de prelado tridentino⁶. Sin embargo, el *Epítome* está más interesado que la literatura hagiográfica villanovista en señalar las lacras de la sociedad en la que vive el autor. Marca un contraste implícito entre Villanueva y personajes del entorno cortesano de los años finales del reinado de Felipe III. Quevedo elabora la ejemplaridad de Villanueva resaltando su preocupación evangélica por los pobres, y acentuando la diferencia con lo que percibe como una sociedad (en especial, de los eclesiásticos) corrupta y avarienta. El cuidado de los mendigos y «vagamundos», el esmero con que Villanueva se preocupa por salvaguardar la honra de todas las personas —desde los eclesiásticos amancebados a los hidalgos empobrecidos— contrastan, por ejemplo, con acciones atropelladas, con la brutalidad de la vida política que Quevedo describe pocos meses después en los *Grandes anales*, con la venalidad y corrupción de los gobernantes, expuestas en la *Política de Dios*⁷.

El *Epítome* es una obra que Quevedo no tuvo tiempo —ni quizá ganas— de revisar. El texto presenta pocos problemas de fijación, ya que se imprimió inmediatamente y el autor no volvió a retocarlo. Desde el siglo XVII, la obra no se ha reeditado por separado, y nunca se ha anotado (exceptuando, por supuesto, las anotaciones de Fernández-Guerra). En cuanto a la anotación, el *Epítome* es una obra interesante por varias razones; la principal, sin duda, es la relevancia de su autor. Aunque resulte obvio, me interesa hacer hincapié en ello, en parte por los problemas teóricos de distinto alcance que plantea, en los que no voy a entrar aquí. Parto del presupuesto que, en gran medida, el mayor interés del *Epítome*, en tiempos de escasa afición a la literatura hagiográfica, reside —tanto para los quevedistas como para un curioso lector menos especializado— en las claves que ofrece en la comprensión de don Francisco. De ahí un interés por aspectos que desbordan la mera aclaración de un pasaje, de un término, y se ocupan en situar y comprender el *Epítome* en un panorama intertextual quevediano amplio. Más allá de la comprensión del texto en sí, los criterios anotativos aspiran en este caso a contribuir a un más afinado conocimiento de méto-

⁶ Salón escribe dos textos: *De los grandes y singularísimos ejemplos que dejó de sí en todo de santidad y virtud, particularmente en la piedad y misericordia con los pobres, el ilustrísimo y reverendísimo señor don Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia y religioso de la orden de san Agustín* (Valencia, 1588) y la *Vida de santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, ejemplar y norma de obispos y prelados* (Valencia, 1620), publicado casi al tiempo que el *Epítome*; para este tema véase mi trabajo citado en nota 1. A partir de aquí nos referimos al primer texto como *De los ejemplos* y al segundo como la *Vida*.

⁷ «Ordenaba, cuando llamaba a alguno para reprehenderle, que sus ministros viniesen tan apartados dél, que no pudiese nadie notar si venía preso, por evitar el escándalo y amparar la reputación de los sacerdotes» (p. 64a). Compárese con la detención de Osuna: «Determinóse la prisión del duque de Osuna [...]. Tuvo desabrido aspecto y fue desapacible con alguna novedad, y para el Duque muy desconsolado el aparato y la ceremonia» (*Grandes anales*, p. 197a).

dos de escritura, de procesos de conceptualización, de las configuraciones retóricas y líneas de pensamiento de Quevedo⁸.

La consideración del género es un factor importante en la ordenación de la anotación. Es innegable que ciertas configuraciones del *Epítome* pueden explicarse mediante reglas del discurso hagiográfico del siglo XVII. Dicho género parece circunscribir la producción quevediana; si el *Epítome* es un texto de comienzos, *La caída para levantarse* —escrita en la última fase de la prisión en San Marcos— sería una conclusión. Pero la anotación aclaratoria con respecto al género se guía una vez más, sin duda, sobre el carácter quevediano de la dimensión intertextual. Determinadas características del *Epítome* hacen factible una lectura del texto como obra de circunstancias, con un quevediano ojo avizor en la dinámica cortesana, y no como un escrito estricta y exclusivamente hagiográfico. Esto no es anómalo en Quevedo. El estudio realizado por V. Nider de la disimulación como «prudencia divinamente política» en *La caída* muestra los puntos de contactos entre hagiografía y pensamiento político quevedianos.

Por otra parte, las cortapisas que apremian la escritura del *Epítome* desvelan elementos reveladores de formas de escribir quevedianas. El ser una obra de encargo con una finalidad específica, y sobre todo, la constrictión a seguir una fuente —o quizá mejor, la posibilidad de disponer de ella— revelan formas de trabajar de Quevedo que no siempre pueden percibirse con claridad en otros textos. El autor se atiene, además de a exigencias del género hagiográfico y a la premura en tener impresa la obra para la fiesta de beatificación, a la fuente y documentación de la que dispusiera (que es posible que no se limitara al texto de Salón). En cierto modo, Quevedo aplica técnicas no muy disimilares de las de sus traducciones y comentarios, pero también hay diferencias porque el *Epítome* no es ni traducción, ni comentario. Aunque debe ceñirse a los hechos y milagros de la vida que escribe, y aunque es patente que el *Epítome* sigue el texto agustino, sin embargo, la relación quevediana con el lenguaje es bien distinta de la del agustino Salón, así como lo es la relación con la sociedad que les rodea y las aspiraciones e intereses de ambos escritores. Además de seleccionar, resumir y compendiar, don Francisco matiza y precisa, modifica y adapta, ocasionalmente amplifica, comenta y sentencia, en definitiva re-escribe partes del texto del agustino. No es sorprendente que el resultado sea lo que podemos calificar sin ambages de obra quevediana.

Este aspecto es precisamente el que voy a tratar aquí: procediendo mediante cotejos de pasajes del *Epítome* y de su fuente principal y la única segura hasta ahora —el mencionado texto de Salón—, me ocupo de localizar procedimientos de reescritura quevediana, métodos para afinar rasgos del relato, para destacar configuraciones narrativas, rela-

⁸ Para los criterios de edición y anotación de textos del Siglo de Oro español, véase Arellano, 1987.

cionadas en general con aspectos político-sociales que interesan al autor por razones de variada índole (y no por exigencias exclusivamente hagiográficas).

Los acontecimientos de la vida de Villanueva que relata el *Epítome* —las palabras pronunciadas, la magnitud de las virtudes, los «dones» y los milagros (en éstos Quevedo no se entretiene mucho)— están mayormente presentes en Salón. En alguna ocasión, el *Epítome* presenta una versión diferente de un acontecimiento: por ejemplo el episodio de las tres lecciones que dicta Villanueva en la Universidad de Salamanca, y su despedida del mundo con el salmo *In exitu Israel* cuando ingresa en el convento, no aparecen en Salón⁹. Pero en general Quevedo sigue de cerca el texto agustino, resumiéndolo, acortándolo. Aún en las ocasiones en que conserva la misma estructura sintáctica de la oración, suele modificar algo el léxico¹⁰. A veces se trata de una matización, generalmente para añadir expresividad, dramatismo o concisión: por ejemplo, en Salón, los frailes deben ser «desapegados» (p. 170); en el *Epítome*, «desasidos de la vanidad» y «despegados de la grandeza» (p. 61b).

Las modificaciones, supresiones y, sobre todo, las adiciones —el *Epítome* es un texto bastante más breve que *De los ejemplos*—, responden a intereses, desvelos o gusto retóricos no siempre centrales (ni quizá aconsejables) en los textos hagiográficos. En ocasiones, Quevedo recurre a figuras retóricas —tales como prosopopeyas, construcciones quiásticas, etc.—, no siempre predilectas de los hagiógrafos, o por lo menos de Salón, cuyo estilo no destaca precisamente por un exceso de imaginación, ni tampoco por ningún especial dominio del arte retórico. En muchos casos donde matiza, modifica, se distancia claramente del texto de Salón, se puede percibir una emblemática conexión del *Epítome* con temas y preocupaciones, sensibilidades e inclinaciones retóricas características de la obra de don Francisco. Ciertas construcciones, vocablos, temas u obsesiones, en muchos casos de filiación humanista, aparecen en la reelaboración quevediana de Salón. Quevedo incluye sentencias y comentarios —ausentes en el texto del agustino— en los que se puede advertir, entre otros, un propósito de censura dirigida contra los poderosos, a quienes es tan aficionado a criticar (dicho propósito es más fácil de apreciar si las sentencias y comentarios se leen en el contexto de escritos como *Grandes anales* y *Política de Dios*): «pues el mal año no le hace tanto la falta del agua como la falta de caridad en los ricos y en los prelados, que de la hambre de los pobres hacen el precio de sus cosechas» (p. 59a); «No hace del todo bien quien espera a que el pobre le importune: aquel paga y no da. La voz

⁹ De los añadidos quevedianos y los problemas que plantean, me ocupo en el trabajo citado en la nota 1.

¹⁰ Algo similar ocurre en la reescritura que Salón hace de *De los ejemplos* en la *Vida*.

del pobre que pide lo que le falta a quien le sobra, ejecución es, mandamiento trae, a cobrar viene» (p. 59a).

La finalidad de la edificación se orienta hacia ámbitos dispares. Salón y Quevedo tienen en mente un tipo de lector diferente: el agustino afirma escribir un «espejo de prelados». Se dirige a una audiencia principalmente eclesiástica, aunque por extensión, la ejemplaridad de Villanueva sea aplicable a todo cristiano, que debe intentar imitar las virtudes del prelado. Salón es por añadidura, un prosélito de los agustinos. Cuestiones como la meditada elección de la orden agustina por parte de Villanueva, además de las frecuentes referencias a san Agustín, tienen un protagonismo especial en Salón. Al teólogo valenciano le interesa hacer hincapié en la estrecha relación entre Carlos V y Villanueva. Por otra parte, Villanueva va a ser el único agustino canonizado en un largo periodo de tiempo.

El *Epítome* no parece estar escrito para una audiencia mayoritariamente eclesiástica. Amplía el ámbito ejemplar a la órbita cortesana. En muchas ocasiones, en las reelaboraciones pueden detectarse motivos o razones anclados en un ámbito de preocupaciones quevedianas, tanto políticas como morales, que reaparecen por extenso en otros textos: desde la desconfianza hacia las actividades de los gobernantes, su inaccesibilidad, la crítica al valimiento o el disgusto por el nepotismo, hasta la predisposición a consideraciones neoestoicas, la configuración expresiva de conceptos como la vida como muerte y la muerte como vida, pasando por la condenación del mercantilismo, del poder o —en términos quevedianos— de la «inteligencia del dinero». La ejemplaridad no tiene sólo un carácter espiritual y circunscrito a la figura de Villanueva. La dedicatoria del *Epítome* al rey Felipe III incluye una referencia explícita a la ejemplaridad política de Carlos V: «Vea V. Majestad en esta memoria¹¹ [...] un arzobispo que eligió el emperador Carlos V, abuelo de V. M. donde juntamente le dejó ejemplo, a cuya imitación eligiese prelados» (p. 56).

ACENTUACIÓN DE RASGOS HUMANISTAS

El *Epítome* tiene improntas humanistas que no encontramos tan marcadas en los textos hagiográficos de Salón, de los que se puede afirmar que son fastidiosamente repetitivos. Seguidamente presento algunos casos, que revelan rasgos —circunscritos— de filiación humanista en el *Epítome*, ausentes en la fuente agustina.

¹¹ Quevedo utiliza diferentes términos para referirse a su texto, además de éste de «memoria»: «Se llama también el libro, cuaderno, papel u otra cosa, en que se apunta o anota alguna cosa, para tenerla presente y que no se olvide: como para escribir alguna Historia, u otra cosa» (*Diccionario de Autoridades*). El «Al que leyere» explica el vocablo *epítome*: «Este celo me ha persuadido a escribir la vida, las costumbres y la muerte del bienaventurado fray Tomás de Villanueva en este epítome; y siempre lo será la historia donde más corriere la pluma» (p. 57).

1. *La amplificación quevediana*

Al ser el *Epítome* un texto mucho más breve que *De los ejemplos*, resultan especialmente llamativas las amplificaciones.

De los ejemplos:

así tenía repartida su vida en cinco puestos consagrados a las cinco llagas de nuestro redemptor: es a saber en el altar, coro, celda, librería, y enfermería, fuera de estos no asentaba el pie, aborrecía por extremo al religioso ocioso y que veía divagar, y perder el tiempo por el convento (p. 46).

Epítome:

Repartía su vida y los negocios della y los de su alma en cinco puestos: en el altar, celebrando; en el coro, donde negociaba con la oración; en la celda, donde recogido se tomaba cuenta a sí propio y se ensayaba para la postrera, desembarazando con este examen cotidiano el postrer día; en la librería donde estudiaba para poder aprovechar a los que tuviesen necesidad de doctrina y servir a la iglesia católica y a su religión; en la enfermería donde ejercitaba la caridad. Todos los demás lugares decía que le eran cautiverio y prisión y que no le importaban, y que éstos eran patria donde descansaba su espíritu (p. 60a).

Si bien suprime la mención a «las cinco llagas de nuestro redemptor», Quevedo elabora cada uno de los «cinco puestos». Se incluye la idea de «negocios», referidos a la vida y al alma y de «negociar» con la oración. La «celda» da pie a un comentario de tradicional dejo quevediano: tomar «cuenta a sí propio», ensayarse «para la postrera, desembarazando con este examen cotidiano el postrer día»¹². Se subraya la idea de la necesidad de una evocación cotidiana de la muerte. Finalmente, Quevedo contrasta la idea de cautiverio y prisión a la «patria donde descansaba su espíritu».

2. *Los juegos del niño Villanueva*

Aunque Quevedo conoció sólo posiblemente la versión de 1588 —es decir, *De los ejemplos*—, incluyo aquí la reelaboración posterior de Salón en la *Vida*, por ofrecer elementos interesantes para un contraste entre los procesos de reescritura del teólogo agustino y el quevediano.

¹² Quevedo resalta la idea de muerte mientras que Salón la de medrar, mejorar, y día a día hacerse mejor persona: «Tenía costumbre desde las escuelas tomar cada día cuenta de su alma, y llamarla al tribunal de su propia consciencia, para ver lo que en aquél había aprovechado. Perseveró en ello siendo religioso, pero con mayor cuidado y rigor siendo sacerdote, porque como decía muchas veces, el sacerdote que diciendo misa cada día no se halla también de cada día más medrado, mala señal [...] usaba mucho y con grande cuidado de este examen cotidiano de su consciencia, y le encomendaba como ejercicio de grande provecho para el alma, y de mucha eficacia para recogerse y mejorarse, así en el hombre interior como en el exterior» (p. 45). No hay alusión explícita a la muerte.

De los ejemplos:

Hizole también su madre (como ella lo era) muy aficionado a la iglesia: y así en poder andar no había sacarle de ella, allí era todo su paseo, y juegos de niño, como otro Samuel que dende niño le ofreció y consagró su santa madre Ana al templo, y al culto divino, así tenía este devotísimo niño por grande favor, y por sumo contento, servir a las misas, limpiar los altares, ayudar a barrer la iglesia, y hacer todos los oficios, que en aquella tierna edad le permitían sus fuerzas, en servicio de la casa de Dios (p. 16).

Vida:

Huía de los muchachos traviesos, y de ordinario andaba solo sin acompañarse con algún muchacho. Los domingos y fiestas cuando había sermones en la iglesia de aquel lugar, o en el monasterio de san Francisco, acudía desde niño a ellos, y lo oía con mucha atención, y después de comer recogía los muchachos de su vecindad y barrio, y repetía el sermón que había oído con tal espíritu y afecto, que acudían también a oírle los grandes, y hombres de edad, y alababan a Dios, y se confundían muchos de ellos en sí mismos, viendo lo que aquel muchacho les decía, y a veces se acababa el sermón con muchas lágrimas, así del que les predicaba, como de los que le oían (p. 7).

Epítome:

Tenía por dijes de niño y por juguetes la imitación de los oficios divinos, haciendo altares, ordenando procesiones, haciendo púlpitos de las sillas, predicando con las costumbres la doctrina que aun no cabía en su lenguaje (p. 59a).

Ciñéndose a una práctica común del género hagiográfico, en Salón Villanueva no está retratado propiamente como un niño, sino como prefiguración de un santo. El pasaje de la *Vida*, bastante más reelaborado que *De los ejemplos*, presenta elementos convencionales del muchacho modélico que no recoge el *Epítome*: deseo de evitar la compañía de los niños traviesos, gusto por la soledad (sobre el que vuelve con insistencia posteriormente). En el texto agustino no hay dijes, ni juguetes, ni juegos. El muchacho es ya lo que va a ser de adulto; alaba a Dios, confunde en «sí mismos» a los hombres de edad, provoca lágrimas penitenciales en sí mismo y en los demás. Lo que se privilegia es una actividad adulta, tanto en la forma como en los efectos. Se narra la repetición —o re-actuación— de la prédica escuchada por el niño, con el fin de destacar el interés, incluso la confusión de un público adulto, la precoz capacidad para edificar. El efecto no es el de un mero juego: la re-presentación de un sermón por parte del niño, tiene el mismo (o mayor) fruto que la predicación adulta (por otra parte, en el renacimiento no era inaudito que predicaran los adolescentes o los niños)¹³.

En el no tan hagiográfico *Epítome* no aparece mencionada la predisposición predicadera innata (el don) del niño, ni su capacidad para articular un sermón y dejar confundidos a los adultos. Al contrario, se

¹³ Véase John O'Malley, 1979, p. 26.

afirma que el niño carece de la capacidad lingüística para predicar, y que predica con sus costumbres «la doctrina que aun no cabía en su lenguaje». Quevedo señala un aspecto esencial en las ocupaciones infantiles: la acción de «imitar». En *De los ejemplos* no hay imitación sino descripción de actividades del niño en el templo, ya sea limpiar, ayudar... El niño realiza las ocupaciones que le permiten sus fuerzas. El *Epítome* no menciona las fuerzas, sino el dominio lingüístico.

La acción de «imitar», la mención de los dijes y juguetes —hacer altares, ordenar procesiones— que remedan objetos litúrgicos, imprimen un cierto eco humanista ausente —como hemos mencionado— en Salón. Los textos renacentistas de educación del niño suelen destacar la importancia de «imitar», así como la de los juguetes. En la *Instrucción de la mujer cristiana* (1524) Vives expresa una humanística preocupación por el influjo que ejercen los juguetes en el desarrollo moral del niño, o la niña en este caso. Desaconseja que la niña juegue con muñecas, que son «remedo de la idolatría» (*imago quaedam idolatriae*) «y despiertan y acrecientan la pasión de las mujeres por los peinados y el acicalamiento. Mejor aconsejaría yo esos juguetes, fabricados con estaño o con plomo, que reproducen todos los utensilios del ajuar doméstico y de los que hay aquí en Bélgica gran cantidad» (p. 43).

3. *Poseiones materiales más allá de la muerte: una economía de la retribución divina*

Una dimensión de especial raigambre quevediana es la forma de conceptualizar la vida espiritual en términos de economía y «negocio»¹⁴, y la configuración retórica de la muerte no tanto como posibilidad de vida eterna, sino como fantasmagórica prolongación de la vida terrenal. El episodio del que me ocupo a continuación relata el destino de unas casas que hereda Tomás de Villanueva cuando siendo estudiante en Alcalá de Henares, fallece su padre, y se estructura en torno a la noción cristiana, que los bienes externos nos son dados como préstamos (que Quevedo había expresado en textos anteriores). Se trata, en cierta forma, de llevar a un extremo —que a un muerto le sean restituidos sus bienes terrenales— una amplificación y variación del dicho de Job: *Dominus dedit, Dominus abstulit*, de expresar, en términos que rompen con una lógica del sentido común, una variación en torno a la idea de transformación, o «negociación», de bienes terrenales en bienes espirituales.

De los ejemplos:

dijo la buena mujer [la madre]: «una cosa os quiero contar entre otras que a este propósito os pudiera decir; siendo de dieciséis años vino de

¹⁴ «Tu hacienda soy» escribe Quevedo, imprecando a Dios en el soneto «Un nuevo corazón, un hombre nuevo» del *Heráclito cristiano*, donde también expresa la idea de deuda «desnúdame de mí, que ser podría / que a tu piedad pagase lo que debo».

Alcalá a este pueblo por la muerte de su padre, y visto lo que en el testamento había ordenado de su hacienda, me rogó e instó muy mucho que por el ser hospital del tal pueblo pequeño y de pocas camas, y menos servicio, quedase para los peregrinos y pasajeros, e hiciésemos una casa que dejaba su padre junto a esta en que vivíamos hospital para los enfermos y pobres naturales del pueblo, y le proveyese de camas, y sábanas, y mantas y de todo lo necesario para este efecto» (p. 25).

Epítome.

Dejóle su padre unas casas principales en Villanueva y el santo niño luego dijo a su madre que sería bien enviar a su padre al otro mundo las casas que le había dejado, para que después de muerto viviese en ellas; y que esto, siendo cosa tan nueva, se podía hacer dándolas para hospital de pobres, pues no le había, y ocupando su madre su viudez en servirlos; y que desta manera gozaría lo que había dejado y podría pasar consigo a la otra vida sus casas (p. 59b).¹⁵

Salón relata el asunto de forma llana, desprovista de complejidad estilística. Villanueva decide convertir en hospital la hacienda que hereda de su padre. La fantasmagórica imagen de enviar al mundo de ultratumba bienes económicos, de «restituir» a un muerto una posesión material, de poder «pasar consigo a la otra vida sus casas», no está presente en ninguno de los textos del teólogo agustino. Pero la creación de un ámbito algo fantasmagórico, de conexión de los vivos con los muertos, de los muertos con sus bienes materiales, de vivir un difunto en la casa terrenal que ha dejado atrás, y la naturalidad con la que se proyecta la presencia —podríamos incluso decir la «vida»— de los muertos entre los vivos, es precisamente una peculiaridad esencial del pasaje, y quizá de todo el *Epítome*.

El talante paradójico o simplemente ilógico de la alegoría, fundado en la noción de «restitución» a un muerto para que «habite» y «disfrute» una propiedad tan material como una casa, cifra concepciones quevedianas del mundo moral y la vida espiritual como intercambio, como constante negociación, y en concreto, de la caridad como acto de restitución.

La vida espiritual entendida en términos de restitución (de deuda que no cesa)¹⁶, es un pilar que fundamenta la explicación quevediana de cómo Villanueva entiende obligaciones cristianas como la caridad, o cómo lidia con un hecho tan común como heredar una casa del padre.

El «obispo limosnero» tiene un estilo propio de proclamarse en el *Epítome* mero administrador de un dinero que, al igual que no lo es la casa que le deja su padre, no es suyo sino de quien lo pide, y del que

¹⁵ Puede haber reminiscencia en Quevedo de palabras del Evangelio según san Juan (14, 2): «En la casa de mi padre hay muchas moradas [...] voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar». En «Nací desnudo, y solos mis dos ojos» del *Heráclito cristiano* escribe: «Y sepan todos que por bienes sigo / los que no han de poder morir conmigo».

¹⁶ Una sociedad como la barroca, que rechaza el concepto de «novedad», funciona con conceptos como «restitución» y «restauración». Esto es precisamente lo que Quevedo alaba del comienzo del reinado de Felipe IV. El mérito regio consiste en restaurar, en deshacer lo mal hecho.

no puede disponer libremente por pertenecer a los pobres —y a Dios, suerte de gran activo banquero—, que vienen a cobrarlo cuando piden limosna¹⁷. El entendimiento atribuido aquí al «santo niño» enlaza con la fábrica retórica quevediana de una economía divina conspicuamente activa tras la muerte, presente no sólo en la poesía religiosa, sino también en la prosa política, y aguzada con maestría en textos satíricos como el *Sueño del juicio final*.

La vida espiritual —incluso la vida emocional y la afectiva (recuérdese «polvo seré, más polvo enamorado»)— parecen estar regidas por una suerte de predilección a expresar el ámbito de la muerte como prolongación de una lógica terrenal, como cambio a la vez que «continuación terrenal», no como término, ruptura o separación.

Este ámbito espiritual se guía por la omnipresencia del acto del intercambio, por una suerte de ley económica que no interrumpe sino que potencia la muerte. Todo constituye un trueque en el gran diseño de la «economía divina». Así, por ejemplo, del enigmático Juan de Espina observa Quevedo: «Era Dios acreedor de los bienes que le había dado, y él se hace acreedor de Dios volviéndoselos a su poder por la mano de los pobres: éste ha sido truco, no despojo; es mejora, no desautoridad ¡Gran cosa! que debiendo lo que tenía, hoy le debe el cielo que ya tiene, y asegura lo que se quita, y es más rico aun con lo que le falta, que con lo que le sobraba; dalo a guardar en buen lugar» (*Grandes anales*, p. 220b)¹⁸.

LA REPRESENTACIÓN DE LAS RELACIONES CON EL PODER POLÍTICO: TOMÁS DE VILLANUEVA Y CARLOS V

Salón insiste programáticamente —desde su condición de miembro de la orden de san Agustín— en la estrecha relación del emperador con Tomás de Villanueva, y en lo que se denomina «don de consejo» del prelado¹⁹. El obispo es consejero en cuestiones de conciencia de Carlos

¹⁷ «¿Cómo se podrá pasar en el libro de la postrera cuenta a los obispos y arzobispos, por los contadores de Dios, la partida de los frutos de la iglesia que se habían de gastar en almas, pobres y necesidades, y se han gastado en mulas de acompañamiento, coches y literas? Bien lo entendió nuestro Santo de otra suerte, que fue a ser tesorero de la hacienda de los pobres, no dueño y señor» (p. 63a). La imagen del prelado como severo administrador de bienes ajenos y de la limosna como restitución o devolución, adquiere un fenomenal tinte apocalíptico en las horas previas a la muerte de Villanueva, cuando sus ayudantes «intentan volver a Dios más que le daba» (p. 58b). En ocasiones la idea de restitución se plasma en estructuras quiásticas y construcciones paradójicas; así el niño Villanueva muchas veces «vino desnudo de vestidos y vestido de Dios por haber dado sus vestidos» (p. 59a, b). Entre otros, los sonetos 42 y 119 versan también sobre temas similares. Quevedo sería una suerte de Derrida «avant la lettre». Su *Epítome* preconiza, en última instancia, la imposibilidad del acto de caridad, ya que se trata siempre de un intercambio, o de un acto de restitución.

¹⁸ «De una cosa sola debe estar lloroso y tener sentimiento [Rodrigo Calderón]: de haber aguardado a que Dios nuestro señor enviase cobradores por cosas que había de haber dejado, o vuéltoselas, a quien se las prestó, con alegría. A tiempo estamos, que quien se las prestó, y quien hoy las pide, que es Dios, quiere mañana venir a visitar a usía» (*Grandes anales*, p. 209a).

V. El hagiógrafo reitera también la importancia de los consejos políticos y la prudencia de Villanueva. Además de virtudes y dones, refiere Salón que Dios le proveyó de gran discreción y prudencia.

El teólogo resulta crítico respecto al valor que adjudica (y al tiempo que dedica) Villanueva a su actividad de consejero político. El lector puede sobreentender que ésta ocupaba un puesto secundario frente a su tarea pastoral, que el prelado no estaba interesado en acaparar poder; sin embargo, puede deducir también que sí participó activamente en la tarea de aconsejar a Carlos V. Sin duda, los agustinos tendrían interés en subrayar e intentar capitalizar esta cercanía de su Orden con el poder²⁰.

En el *Epítome* la relación del prelado con los gobernantes aparece bajo un énfasis distinto. El carácter ejemplar de Villanueva se elabora desligándolo de una participación activa en el ámbito político. A Quevedo (quien no menciona el «don de consejo») no le interesa subrayar una intervención de Villanueva en tareas políticas, sino lo contrario. El texto quevediano no se escribe con el mismo empeño programático: no hay una predisposición a promover la orden agustina. Tomás de Villanueva ejemplifica una veta central de la reflexión quevediana: el carácter paradójico (y por ello, diabólico) del poder político, el peligro de la vanidad de los cargos: «daba a conocer la condición de los oficios, y cuánto pone sobre sí quien los admite y cuánto arriesga quien los pretende» (p. 62b). Para Quevedo, sólo es digno de un cargo aquél que «no le codicia», quien tiene «sabiduría» para despreciarlo²¹. En el Villanueva del *Epítome* predomina el rechazo a participar en cualquier actividad secular, ya sea académica o política —«desdeñaba, no sólo con desprecio sino con asco, las dignidades y cargos» (p. 62a)—, actitud opuesta a la de eclesiásticos como Aliaga o Acevedo. El texto retrata al arzobispo renunciando una y otra vez ante el emperador a los sucesivos nombramientos

¹⁹ Luis de Granada explica en qué consiste: «El espíritu de consejo destierra del alma el avaricia; porque este don nos hace libremente escoger lo mejor; conviene a saber, procurar enriquecernos de bienes espirituales, y hacer el tesoro en el cielo y no en la tierra» (*Compendio y explicación de la doctrina cristiana*, p. 82a).

²⁰ El interés de Carlos V por el prelado aparece mediado por los grandes que rodean al emperador: «de dijeron el Condestable de Castilla, y el Comendador mayor de León y otros privados, como algunas veces les había significado su Majestad el amor que le tenía, y que gustaría que le visitara [...] Respondió: “Cuando su Magestad se quisiera servir en alguna cosa de mí, muy bien sabe cuan pronto estoy, y la voluntad con que le serviré en cuanto me mandare; pero ocupar en visitas una persona tan ocupada como su Majestad, y en negocios de tanto peso, haríame conciencia de ello, cuando no lo pide alguna necesidad, o me obligare la caridad”» (Salón, *Vida*, p. 170). Malgastar el tiempo de Carlos V no incumbe al Villanueva del *Epítome*, donde aparece preocupado por su propia «república interior», más que por el tiempo del emperador.

²¹ «El santo don Tomás, con el conocimiento que tenía de la paz de la religión y de la seguridad de la celda, y del cuidado que requería el negocio propio de su alma, y que para su salvación se había menester todo, renunció al arzobispado con humildad tan reconocida, que edificó al emperador, en vez de desabrirle; y dejando el oficio, se mostró más digno de él» (p. 62a). Quevedo escribe de Olivares, cuando al comienzo del reinado de Felipe IV rechaza el cargo de ministro: «Y para ver cuanto talento sobraba al conde de Olivares, no es menester más de ver el conocimiento con que le dejó pasar; que quien sabe despreciar el poder, es el benemérito; y el que le codicia es el temerario» (*Grandes anales*, p. 196b).

tos: «Edificóse su alteza de oírle, y cada palabra con que renunciaba el cargo era un mérito nuevo para hacérsele tomar por fuerza» (p. 62b). Don Francisco deja bien claro varios meses más tarde en los *Grandes anales* cuál es su opinión: «No se duda que en los religiosos pueda hallarse y se halle el buen celo, el consejo y la verdad; mas estas virtudes, encaminadas a cuidados seglares y forasteros, extrañándolas sus votos y profesiones, es distraimiento y desperdicio de aquella ley que se juró a Dios» (p. 199b)²². La figura de Villanueva encarna la idea de «conocimiento» —no desprovisto de tintes neoestoicos— y del «desengaño». Sólo la obediencia, virtud católica por excelencia, puede hacerle aceptar. Quevedo da una impronta humanista a una característica del género hagiográfico. El desdén, la negativa a ocupar cargos, a desempeñar tareas obispales, es un elemento frecuente de las «vidas» de prelados; por ejemplo, el dominico Luis de Granada describe actitudes similares de fray Bartolomé de los Mártires, obispo de Braga, en la *Vida* de éste²³. Sin embargo, Quevedo perfila un contorno neoestoico al contextualizar dicho rechazo en una problemática general, y no considerarla sólo como una característica de la santidad de la vida religiosa practicada por eclesiásticos tridentinos.

Diversos encuentros de Villanueva con Carlos V son narrados sobre el trasfondo de los dispares enfoques agustino y quevediano. Véamos un caso que, por añadidura, conecta con una obsesiva preocupación quevediana: la relación del monarca con sus validos.

1. Incidente de la predicación con Carlos V

De los ejemplos:

como viniese su Magestad [Carlos V] a la iglesia temprano antes que se comenzase el oficio, hecha oración al santo Sacramento, entróse en el claustro, y dijo al sacristán: «Avisad al prior que yo estoy aquí». Subió luego el sacristán a su celda donde estaba estudiando a avisarle. Como era falto de memoria, y tuviese necesidad de estudio, para reparar aquella falta, dijo: «Decid a su majestad que estoy estudiando, y que si me manda bajar no podré predicar y si he de predicar no puedo bajar». Volvió con esta respuesta el sacristán al emperador temiendo no le pareciese corta, pero pareció tan bien a su magestad, que no sólo no se ofendió pero (como refiere el padre Velasco prior del convento de nuestro padre san Agustín de Toledo) vuelto a los grandes que allí se hallaron, dijo con un alegre semblante: «Así habían de ser los frailes, tan desapegados como este» (p. 224).

²² «Admitió su majestad, que está en el cielo, a su gobierno tantos religiosos como consejeros; y no sin alguna relajación de sus observancias, hicieron togas de sus hábitos; y así algunos desconocidos de sus fundaciones en sus casas pasaban por legos, hasta que la divina Providencia los advirtió con algún desengaño» (*Grandes anales*, 199b).

²³ Esta actitud tiene un primer ejemplo hagiográfico en san Martín. Cuando es nombrado arzobispo por la reina Catalina, Bartolomé se excusa de «tan gran carga» alegando sus «insuficiencias». Acepta finalmente en «virtud de santa obediencia» al provincial, y «so pena de excomuniación mayor» (*Vida de fray Bartolomé de los Mártires*, p. 433a).

Epítome.

Fue predicador de su majestad el emperador, a quien oía con tanto gusto, que le tenía ordenado avisase dónde predicaba, porque quería oírle siempre que pudiese. Avisó que predicaba un día en su casa en Valladolid y el César, codicioso de oír al Santo, fue muy temprano y a esperar la hora del sermón, se entró con los grandes en el claustro, diciendo al portero: «Decidle a fray Tomás que estoy aquí, que baje». Fue el portero y respondió con él el Santo a la majestad cesárea que estaba estudiando, que si había de predicar, que no podía bajar y que si bajaba, no predicaría. Pareció a los que acompañaban al emperador despego y descortesía, y diéronlo así a entender, obligando a que su majestad dijese: «A mí me ha edificado lo que a vosotros os ha escandalizado, y quisiera yo mucho que todos los predicadores y religiosos fueran tan desasidos de la vanidad y tan despegados de la grandeza, como fray Tomás» (p. 61a, b).

La versión agustina no escarnece a quienes acompañan a Carlos V (que son mencionados más tarde en el episodio): quien juzga la respuesta «corta» —no «muy cortés» en la *Vida*— y teme que el emperador se ofenda, es el sacristán. No hay antagonismo entre la reacción de los grandes y la de Carlos V. El monarca afirma que la respuesta (que le parece «tan religiosa») le ha edificado y los privados, meros espectadores pasivos, asienten a lo que Carlos V les dice sobre el despego de los frailes con «alegre semblante». En el *Epítome* el vocabulario tiene mayor precisión, el asunto adquiere otro dramatismo. El emperador es más imperioso y ordena explícitamente «que baje» Villanueva. Los grandes, con quienes Carlos V se entra en el claustro (es decir, aparecen desde el principio del episodio) desempeñan un papel antagonista. Son ellos quienes se escandalizan de la respuesta de Villanueva (el término «escándalo» no aparece en *Salón*).

Las palabras del emperador no tienen ya como fin ponderar ante unos silenciosos acompañantes la ejemplaridad de Villanueva como fraile, «desasido de la vanidad y despegado de la grandeza». Tienen como función desmentir la opinión expresada por los privados²⁴ —que el predicador estaría actuando con «despego y descortesía» para con el César— y reprenderlos. La réplica se estructura de forma antagónica: «A mí me ha edificado lo que a vosotros os ha escandalizado». Quevedo utiliza el episodio para ilustrar a la vez, las malas intenciones de los

²⁴ Quevedo no desaprovecha ocasión para recordar al monarca que no debe confiar en sus ministros; véase por ejemplo, el comentario sobre la importancia de la «memoria» en el gobernante: «Dióse cuenta al César, que se hallaba en Flandes, desta renunciación, y luego su memoria, que sólo atendía a proponerle semejantes varones, lisonjeando su celo con estos recuerdos, le puso delante a nuestro Santo. No puede tener ningún ministro cerca de sí el buen príncipe, que tan de importancia le sea, como memoria solícita de los méritos y cuidadosa de los justos y santos. Este es ministro que Dios puso tan adentro en todos, que está avecindado en el alma; y cuando los reyes tienen fuera de sí y permiten que otro hombre haga el oficio que Dios encargó a su memoria, achacosa tienen la voluntad y con buena salud el entendimiento. No lo hizo así el glorioso emperador, con quien dos veces hemos visto negociar su memoria en distancia que pudiera borrarla o entretenerla» (p. 62b). En los *Grandes anales* afirma de Felipe II: «Tuvo [...] memoria tan socorrida, que servía de recuerdo a los tribunales, y era alivio de secretarios, y a veces castigo» (p. 216b).

privados (o su juicio limitado) y cuán por encima de ellos está moralmente el emperador. Esto concuerda con preocupaciones políticas que vedianas insistentemente debatidas en la *Política de Dios*.



BIBLIOGRAFÍA

- Arellano, I., «Observaciones provisionales sobre la edición y anotación de textos del Siglo de Oro», en *Edición y anotación de textos del Siglo de Oro*, Pamplona, Eunsa, 1987, pp. 339-55.
- Granada, Luis de, *Obras*, ed. J. J. de Mora, Madrid, Atlas, 1856, vol. 11.
- Jauralde, P., «¿Escribió Quevedo una biografía extensa de santo Tomás de Villanueva?», *Mayéutica*, 1980, pp. 71-77.
- Jauralde, P., *Francisco de Quevedo (1580-1645)*, Madrid, Castalia, 1998.
- Nider, V., «La disimulación como “prudencia divinamente política”, en *La caída para levantarse de Quevedo*», en *Littérature et politique en Espagne aux siècles d'or*, ed. J. P. Étienvre, Paris, Klincksieck, 1998, pp. 423-35.
- O'Malley, J., *Praise and Blame in Renaissance Rome. Rhetoric, Doctrine, and Reform in the Sacred Orators of the Papal Court, c.1450-1521*, Durham, Duke UP, 1979.
- Quevedo, Francisco de, *Obras*, ed. A. Fernández-Guerra, Madrid, Atlas, 1852 y 1859, BAE, 23 y 48.
- Quevedo, Francisco de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
- Quevedo, Francisco de, *Un Heráclito cristiano, Canta sola a Lisi y otros poemas*, ed. L. Schwartz e I. Arellano, Barcelona, Crítica, 1998.
- Salón, Miguel, *De los grandes y singularísimos ejemplos que dejó de sí en todo de sanctidad y virtud, particularmente en la piedad y misericordia con los pobres, el ilustrísimo y reverendísimo señor don Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia y religioso de la orden de san Agustín*, Valencia, 1588.
- Salón, Miguel, *Vida de santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, ejemplar y norma de obispos y prelados (1620)*, Madrid, 1793, 5ª ed.
- Vives, Juan Luis, *La instrucción de la mujer cristiana*, trad. L. Riber, Madrid, Aguilar, 1991, 2ª ed.